

# EDITORIAL

Un año es un período demasiado breve. Para algunas materias puede suponer cambios de algún modo decisivos, según la escala, pero en arquitectura todo se mueve con ritmo distinto, con períodos más largos.

Las obras enviadas por los Colegiados para que sean publicadas en este Anuario se prestan, no obstante, a algunas consideraciones. Acaso el tono medio mejora, al menos a través de lo que aquí puede apreciarse. Aunque, acaso también, esto se consiga asimilando las características externas de ese lenguaje de la vanguardia a que nos referíamos en el editorial del último Anuario. Sea cual sea la leve modificación «sufrida» por nuestra arquitectura en el curso de esos últimos doce meses, lo cierto es que no revela nada substancial, por más que existan edificios concretos, aislados, que merecen el calificativo de notables.

Es, el nuestro, un país de profundos desequilibrios. Junto a una pequeña minoría exigente y rigurosa, e informada, una gran masa «amorfa» (que es lo que cabe decir de toda masa), que no merece en verdad el nombre de arquitectura; que construye edificios con el mismo objetivo con que se pueden fabricar calcetines o laminados de acero. Pero los hallazgos de este reducido, no grupo, sino círculo o avanzada, son asimilados, con el debido retraso, por unas capas amplias de la profesión. Es preciso encubrir los verdaderos fines; no es el estar a la moda, sino dar la impresión de que se trabaja bien; que, al fin y al cabo, se es hombre de gusto, sensible, que ha nacido arquitecto y que sabe estar a la altura de las circunstancias.

Las premisas para una arquitectura realmente abierta y creadora están, en lo profundo, fuera de la arquitectura misma. Nada ha cambiado entre nosotros para esperar algo en este sentido. El «boom» turístico además prosigue (no es que creamos que para «in eternum»), y ya es sabido que el cliente realmente importante, la empresa promotora, no acude al arquitecto que sospecha que va a tratar de hacer buena arquitectura, o tan sólo preocuparse de su trabajo, sino al otro, al que, lejos de plantearle problemas, le servirá fielmente y secundará unos propósitos que son al fin y al cabo los suyos.

Luego ocurren las cosas. No es éste lugar para recordar que los edificios se caen – lo que es realmente desagradable –, sino que el panorama urbano y el que sólo ya eufemísticamente podríamos llamar paisaje convencional – campo y playa – es cada día más abracadabrante, encarnación de la idea platónica del caos. Y lo

que fue país de maravillas naturales, emporio de riquezas artísticas e históricas, se va, no poco a poco, sino a toda prisa, convirtiéndose en un bloque macizo de cemento y hormigón (en el mejor de los casos). Las calles se parecen de manera alarmante a las del cementerio de Montjuich, con sus cerramientos tupidos, sus nichos mal aireados: con la misma economía de espacio que se entierra a los muertos se entierra hoy a los que podemos seguir considerando como vivos. No sólo Barcelona capital, sino las ciudades, grandes o pequeñas, de alrededor, y aún otras alejadas, todo va siendo una misma masa «amorfa», amenizada sólo con el letrero de Banco y el cartel publicitario (asimismo de Banco) que nos promete la felicidad ya en este mundo.

¿Y la arquitectura? Bien, gracias. Un Anuario más. Unas cuantas obras más. Más o menos, un índice de densidad, que crece. Un motivo más de alegría para algunos y de desconsuelo, ¡ay! para los más.